

Pensamientos de Torá y Cabalá XII

Gen 1:2

Y la tierra estaba desordenada (caótica) y vacía, y (había) oscuridad sobre la faz del abismo, y el espíritu de Elohim se cernía sobre la faz de las aguas.

Veha'arets hayetah tohu vavohu vejoshej al-pene tehom veruaj Elohim merajefet al-pene hamayim.

Cuando el rayo de la creación atraviesa el Dáat de Briá (solape con Yesod de Atsilut), en el espacio vacío (jalal) generado por el tsimtsum (contracción-retirada del Infinito de una “parte” de sí mismo) pasa por cuatro niveles – Tohu, Bohu, Joshej y Tehom – antes de que el Rúaj Elohim – el agente creativo – despliegue la manifestación de los mundos creados.

Tal como está escrito (séfer yetsirá): Ajat Rúaj Elohim Jayim... kol verúaj vedibur vehú Rúaj haKódesh. Uno el Espíritu del Dios Vivo... voz, aliento y palabra, y él es el Espíritu Santo.

Este Espíritu expresa la influencia del Yesod de Atsilut imprimiendo en la sustancia caótica el sello y la forma de lo divino.

En la cosmología luriánica ya ha tenido lugar la Shevirat Kelim, la ruptura de las vasijas. Las sefirot primordiales, al ser puras vasijas receptoras de la Luz Infinita – y por tanto, en fase opuesta a la esencia dadora de esta Luz – no han podido contenerla, soportar su impacto, y se han hecho añicos, cayendo de forma caótica a las profundidades del vacío.

¿Qué tenemos entonces?

Tohu es el estado confuso del aspecto sustancial. Bohu es ausencia de forma y, por tanto, de información. Joshej es energía oscura, inconsciente. Tehom es extensión, distancia, separación.

Representan a los cuatro elementos en estado precreativo: Tohu es Tierra, Bohu es Agua, Joshej es Fuego y Tehom es Aire. Siendo el Rúaj Elohim el Espíritu o quintaesencia, el quinto elemento.

Esta disquisición tiene sentido porque también la conciencia, en el camino de retorno, ha de penetrar estos cuatro niveles arquetípicos que son como barreras de klipá o cáscaras, para poder tener acceso directo al dominio de lo Divino.

Eso es lo que nos enseña el primer capítulo del libro de Ezequiel, de la visión de la Merkavá o Carroza Divina, en el que está prefigurado el camino de meditación de la cábala profética.

Así, leemos (Ez 1:4):

“Y miré, y he aquí venía del norte un viento tempestuoso (Rúaj Seará), y una gran nube (Anán Gadol), con un fuego relampagueante (Esh Mitlakájat), y alrededor de él un resplandor (Nógah), y en medio del fuego algo que parecía como bronce refulgente (Ein haJashmal).

Estos los velos de negatividad o klipá que bloquean al alma y la impiden acceder directamente a su naturaleza superior divina:

El rúaj seará o viento tormentoso es la agitación de la mente, como puede comprobar cualquier persona que empieza un camino de meditación y en su interiorización se encuentra con el estado caótico de sus innumerables pensamientos que no puede controlar. Corresponde al estado de Tohu.

El anan gadol o gran nube es la opacidad mental/emocional que se alcanza una vez que se ha superado el estado anterior mediante la concentración. ¿Qué encuentra el meditador entonces? Nada. Vacío. Su mente cerebral está acostumbrada a funcionar de

una manera determinada y no sabe todavía procesar una información no verbal. Corresponde al estado de Bohu.

Puede empezar entonces a tener visiones, percepciones, realizaciones, que se le clavan como agujas. Se ha energizado el depósito de la conciencia, en el que están grabadas todas las impresiones recibidas y acumuladas en su existencia o existencias. Es el fuego refulgente – esh mitlakájat – porque entonces empieza a ver el verdadero estado de su alma, ¡desde el punto de vista de su naturaleza superior! Nada se escapa a la visión de la lámpara de luz negra, como sabe todo restaurador artístico, que tiene que percibir todas las distintas capas superpuestas. Las revelaciones para el individuo preparado pueden ser devastadoras. En esencia, el esh mitlakajat, el fuego de la oscuridad, es la energía negativa que anula y reduce al meditador a nada. Corresponde al estado de Oscuridad, Jósej.

Por último, nóga o el resplandor – el brillo de la conciencia – es la membrana semipermeable (en palabras de Ariéh Kaplan) que permite que la Luz Divina penetre en los dominios de la oscuridad (y los sostenga, pues nada puede tener existencia relativa fuera de la luz) pero no a la inversa. Es Tehom, el Abismo que separa la conciencia Divina de la conciencia humana. Es, por así decir, la luz del alba previa al amanecer. No es todavía lo Divino aunque se presente, se siente su Presencia. El meditador se ha de desprender de todos sus campos de conciencia, de todas sus apoyaturas en creencias, sistemas, etc., que dejan pasar cierta luz, pero pertenecen al dominio de noga.

Tal como está escrito (en los grandes hejalot o Palacios): “En el sexto palacio parece como si cientos de miles y cientos de miles de billones de billones de ondas de agua estuvieran fluyendo hacia ti, pero no hay ni una sola gota de agua. Tan sólo el resplandor etéreo de las piedras de puro mármol construidas en el Palacio.

Si dices: “¿Cuál es el propósito de esta agua?”, los ángeles correrán detrás de ti para apedrearte y te dirán: “Inútil, de ahora en adelante ya no verás con tus ojos. Probablemente eres un descendiente de los que besaron al becerro de oro. No eres digno de ver al Rey en su Trono”.

Se llega entonces a la visión del Jashmal (Ein hajashmal, el ojo del jashmal), tras lo que se tiene la visión Divina. ¿Qué es el Jashmal? El Talmud lo interpreta (de Hesh, silencio, y mal, palabra) como el silencio hablante – la voz del silencio, la Voz sin sonido del habla Divina – equivalente a la kol demamá o voz silenciosa del profeta Elías en el monte Joreb. Entonces empieza la visión o experiencia propiamente dicha.

La visión del Jashmal corresponde al nivel del Rúaj Elohim, el Espíritu de Dios. Jashmal: Shin-Mem: fuego-agua; emblema de Shamaim: cielos; Lamed es libra, la Balanza, emblema del equilibrio. (La Jet en sí es La Carroza, en los arcanos del tarot).

Jashmal = 378 = malbush, vestidura, porque toda forma espiritual es imperceptible a menos que se dote de una forma, vasija o cuerpo. Ezequiel, procesa la visión en el plano imaginal (Yesod). De ahí la expresión “apariencia de la semejanza de un hombre”. Hombre se refiere al mundo atsilútico o divino. Semejanza a su proyección en el mundo de Briá o del ser. Apariencia al mundo de Yetsirá o de la formación. Ezequiel mismo, como forma corpórea, se encuentra en Asiá, el mundo de la acción, el plano físico.

A la inversa, para la experiencia del jashmal, hemos de despojarnos de toda vestidura. Esta es la instrucción para el que monta en la carroza:

“Y os habló YHVH desde el fuego voz de palabras y vosotros escuchasteis, pero **no visteis figura, sólo una voz.**” (Deut 4:12).

El meditador comienza a desvestirse de todo lo que pertenece a este mundo y se prepara para entrar en el mundo por venir. Desciende hasta el fin de su pensamiento y

guardando la lengua (de la mente) de hablar y su corazón de ponderar retorna al Lugar y sienta al Creador de la Forma de vuelta en su Base (Séfer Yetsirá I:4).

Como dice el Séfer HaBahir (22):

“Todos estamos de acuerdo en que nadie fue creado el primer día. No debe decirse por tanto que Mijael extendió el cielo al sur y que Gabriel lo extendió al norte, ya que Dios dispuso las cosas en el medio”.

El sentido es que el meditador no debe aceptar ninguna imagen o ser como teniendo autoridad en el mundo por venir. Este sólo puede alcanzarse cuando el que medita está “a su lado” (Atsló, de donde deriva el término Atsilut, que designa el Mundo Divino).

O como dice el siguiente párrafo que proviene de una fuente diferente:

“La mente contiene miríadas de fenómenos; cuando está engañada está sujeta a nacimientos y muertes, y cuando está iluminada es el nirvana... Si originas un pensamiento (por ejemplo meditando en el koan) que no vuelva atrás (hacia fuera) y puedes conservarlo en tu trasmigración a través de tu nacimiento y muerte, estrás naturalmente de acuerdo con el Tao” (Del maestro japonés Ju-gen. Tomado del libro Secretos de la meditación china, de Lu k’uan Yü)

En el libro Shaaré Tsedeq, las Puertas de la Rectitud, el autor Rabí Shem Tov sefardí, supuesto discípulo directo de Abulafia, dice, (una vez que las operaciones con las letras han terminado): “Necesitas (entonces) meditar en la esencia de tu propio pensamiento y extraer su habla (o palabra) tanto si está moldeada en una forma o desatada de toda forma... Ahora, en este proceso de exteriorización del habla del pensamiento, la persona se involucra con su propia esencia tanto que escapa al dominio de su propio intelecto natural. E incluso si desea dejar de pensar no puede hacerlo. Se procede por grados: inicialmente a través de la escritura y el lenguaje, luego a través de la boca, que significa dar forma. Cuando se abandona su dominio, es necesario un esfuerzo suplementario, que consiste en la exteriorización hacia afuera de su lugar natural, por grados, hasta que se llega a un cierto nivel en el que quisieras impedir el pensamiento verbal, pero ya no tienes la capacidad de hacerlo. Entonces, si tienes la habilidad de empujar y exteriorizar, irás más y más desde las profundidades interiores hacia el exterior, y darás forma a través de la facultad imaginativa purificada, en la semejanza de un espejo transparente. Esta es la espada llameante que giraba a todos lados, mediante la cual lo que está detrás pasa a primer plano y lo de delante revertirá su ser. Entonces verás la esencia interna en el exterior, igual que con los Urim y Tumim...etc.” (Fin de la cita).

Una palabra de advertencia de Shem Tov (explicando por qué a pesar de recitar y vocalizar los Nombres, a veces estos no actúan): “...Lo último está relacionado con el hecho de que después de que nuestro propio pensamiento se ha separado de nuestro propio dominio, la ayuda divina, que viene de Metatrón, el Príncipe del Rostro, podría no alcanzar impactar con él. [Nota: Siempre se requiere la ayuda divina. Esto no es un proceso automático. Y menos que podamos controlar. De ahí que las prácticas de meditación avanzada deban siempre hacerse en estado de conexión y santidad constantes. Ver más abajo.]... Por tanto, si su pensamiento sale y la ayuda divina no lo acompaña, desde que de acuerdo con su naturaleza no podrá volver atrás, será abandonado al peligro constituido por demonios, diablos y espíritus malignos [podrá tener poderosas visiones y alucinaciones que no podrá controlar]. A lo mismo se refiere aquello respecto a ese hombre que miró y fue golpeado, es decir, enloqueció [Se refiere al episodio de los cuatro rabinos que entraron en el Pardes]. De hecho hay cuatro medidas: el hombre que echa una mirada y muere a causa de la luz divina que atrae la luz del néfesh, en su extrema debilidad comparada con aquella; el que se vuelve loco, y

el que corta las plantas [apostata] pensando que hay dos poderes y que no hay ley ni juez. Finalmente, está el que entra y sale de allí sin daños, gracias a la ayuda de Metatrón para entrar y de Sandalfón para salir.”

Se dice que sólo Rabí Aquivá – el cuarto aludido – fue capaz de integrar las potentes experiencias espirituales con su vida cotidiana. De ahí que pudiera entrar y salir en paz.

Pues el trabajo de la merkavá – la transformación de la propia alma en un vehículo de esa Presencia espiritual que hemos definido como el arquetipo Divino – es la actualización de la Presencia en el centro de nuestro self e irradiando en todos los aspectos de nuestra vida. De ahí que se diga que los Patriarcas son la merkavá.

Para ello, el foco de la mente debe estar siempre en lo Divino. La clave de la conexión es el pensamiento, la atención consciente. En palabras de Abraham Afulafia:

“El Mundo Futuro es el intelecto, que es la fuente de toda Sabiduría, Entendimiento y Conocimiento, emanando del Rey de Reyes, el Santo, Bendito sea...”

Tu mente¹ debe entonces venir a unirse con su Mente, que es lo que te da el poder de pensar. Tu mente debe desvestirse de todo otro pensamiento que no sea su Pensamiento. Este se torna como un socio, uniéndote a Él mediante su Nombre glorioso y terrible”.

ESA ES LA CLAVE QUE NOS PERMITE ATRAVESAR TODOS LOS VELOS DE LA KLIPÁ: LA PRÁCTICA DE LA MEDITACIÓN CONSTANTE EN EL NOMBRE DE DIOS.

También dice Maimónides, el Rambám, en su Guía de los Perplejos, Parte III Cap. 51 (tras establecer cómo el sentido continuo de estar en la Presencia de Dios es el verdadero servicio al que tienden las prácticas religiosas: la lectura de la Torá, la oración, la observancia de los preceptos; de modo que uno esté ocupado en Él, en vez de en lo que no es Él):

“Y está el individuo que, por su percepción de las verdaderas realidades y su gozo en lo aprehendido, alcanza un estado en el que habla con la gente y se ocupa de sus necesidades corporales mientras que su intelecto está completamente vuelto hacia Él, sea por siempre exaltado, de modo que en su corazón está siempre en su Presencia, sea Él por siempre exaltado, al tiempo que externamente se halla con la gente, tal como describen las poéticas parábolas que han sido inventadas para describir esas nociones: ‘Yo dormía, pero mi corazón velaba; es la voz del amado que llama...’(Cant. 5:2), y así sucesivamente. No digo que éste sea el rango de todos los profetas, pero sí el de Moshé Rabenu, de quien se dice: ‘Moisés se acercará solo a YHVH, mas ellos no se acercarán ni subirá el pueblo con él’ (Ex. 24:2); y también: ‘Moisés permaneció allí con YHVH’ (Ex. 34:28); asimismo: ‘Tú, empero, quédate aquí conmigo [dice YHVH]’ (Ex. 5:31)... Este también fue el rango de los Patriarcas, cuya proximidad a Él, sea por siempre exaltado, es que su Nombre fue conocido en el mundo por ellos: ‘El Dios de Abraham, el Dios de Yitsjak, el Dios de Yaacov...; éste es mi Nombre para siempre’ (Ex. 3:15). A causa de la unión de sus intelectos mediante la aprehensión de Él, resultó que El hizo una alianza perdurable con cada uno de ellos.”

Porque la Devekut o experiencia mística no es un estado de abandono o de pérdida de sí en el infinito seno de la Deidad. Tal como nos ha descrito antes Rambám, es un estado de continuo estar con Dios en mente y en voluntad que, si bien conlleva el éxtasis, es también actualizado en la vida cotidiana.

Como también corrobora Rabí Moshé ben Najmán (el Rambán, Najmánides; siglo XIII):

¹ Que es la esencia de la imagen y semejanza divinas.

“Los pensamientos de los Patriarcas no estaban separados ni un instante de la Luz Divina. En todas sus actividades físicas el foco de su mente estaba centrado en Dios. Ni aun durante el tiempo en que se unían sexualmente a sus mujeres estaban separados sus pensamientos de esa adhesión a lo Divino.”

“Una persona debe mantener constantemente en su conciencia a Dios y su amor. No debe separar sus pensamientos de Él cuando viaja por el camino, ni cuando se acuesta, ni cuando se levanta. Hasta alcanzar el grado espiritual en que, cuando habla con la gente, habla sólo con la boca pero su conciencia no está con los otros, sino en la Presencia de Dios. Para los que alcanzan este grado espiritual es posible que, estando aún vivos, se hallen sumidos en los brazos de la vida eterna. Pues se han hecho morada de la Presencia Divina”

¡Baruj haShem!